

en tan poco tiempo, y pasaron adelante. Asi que se alejaron, retiróse el confesor á una vieja cisterna, donde por espacio de seis meses le suministró el alimento una muger cristiana.

Restituida la paz á la Iglesia volvió á presentarse en la ciudad de Nola, cuyos habitantes le recibieron como á un hombre venido de el otro mundo. Despues de la muerte de Máximo, todos pretendian darle á Felix por sucesor; pero él hizo de suerte que se confiriese la dignidad episcopal á Quinto, porque este habia sido ordenado antes que él: la antigüedad era solo de siete dias, pero bastaba para servir de pretesto á la modestia de un Santo. Antes de la persecucion era Felix dueño de muchos bienes; á cuya posesion no le era difícil volver entonces que ya estaba acabada; pero mas quiso perderlos que instaurar un pleito, aunque justo y fácil de concluir; por lo cual tomó en arrendamiento unas tierras, y cultivándolas laboriosamente con sus propias manos, á mas de sacar para su subsistencia asistia á la de muchos necesitados. Asi finalizó su gloriosa carrera procurando ante todo mantener ileso durante la paz el esplendor de la corona que se habia labrado en tiempo de la persecucion.

El emperador Galieno restituyó la paz á la Iglesia, revocando todos los edictos promulgados contra los fieles, asi que se vió único señor del Imperio, que fué en el año 260. Su padre Valeriano, que despues de la pérdida de una batalla se habia entretenido imprudentemente en cierta conferencia, habia caido en poder de Sapor, rey de los persas, y es de notar que el mismo Macriano que le habia inducido á que tiranizase á los cristianos, fué tambien causa, por malicia ó por imprudencia, de que cayese en poder de su contrario. El persa orgulloso, por mas que le representaron los reyes sus vecinos, mandó cargar de cade-

nas al emperador, dejándole los vestidos de su dignidad para mayor humillacion. Obligábase ademas Sapor á que se arrojase cuando montaba á caballo, y le ponía el pie al cuello en lugar de estribo. Mandó por fin que lo desollasen vivo, y que salasen su cuerpo, y conservó el pellejo tinto en sangre para eterno monumento del oprobio de los romanos.—Los súbditos idólatras de Valeriano apenas podian creer su infortunio, porque lo contaban en el número de sus mejores señores; pero los cristianos conocieron visiblemente el brazo de Dios que descargaba el golpe de su cólera sobre la cabeza de aquel príncipe, con tanta mayor justicia, cuanto que contra sus propias luces y naturales inclinaciones se habia hecho perseguidor de ellos. A su seductor Macriano que se habia hecho aclamar emperador, junto con sus dos hijos, tambien le llegó el castigo, y fué derrotado y muerto por el ejército de Iliria. Puede mirarse este como uno de los mas señalados reveses de la fortuna, por recaer en el hombre mas favorito suyo que quizás hubo nunca, y en quien se observaron reunidos con la mayor parte de los talentos los sucesos mas prósperos en las empresas, el valor mas noble, la mayor opulencia, la política mas refinada, la esperiencia mas acabada en los negocios, y en una palabra, cuantas cualidades temporales pueden adornar á un hombre. Estinguióse poco despues de su muerte toda la estirpe de este malvado, que desde la baja clase de mago egipcio habia llegado á la alta dignidad de emperador.

Vióse entonces el imperio envuelto en las mas borrascosas agitaciones: llamábanse casi á un mismo tiempo emperadores de los romanos mas de treinta tiranos; pero al fin prevaleció Galieno. Inmediatamente escribió un rescripto dirigido á los obispos de Egipto, para remediar en algo los daños de la persecucion, y en especial para posesio-

nar nuevamente á los fieles de todos los lugares sagrados que habian pertenecido á la Iglesia. El rescripto decia asi: «El emperador César Publio-Licinio-Galieno, pio, feliz y Augusto, á Dionisio, á Pinos, á Demetrio y á los demas obispos. Quiero que se os dejen libres y espeditos los lugares consagrados á la Religion y que, sin recelo de ser perturbados, volvais á entrar en posesion de ellos, en virtud de la gracia que hace tiempo tengo concedida. El intendente general Aurelio-Cirenio deberá cumplir puntualmente este rescripto. Tambien he mandado, añade el emperador, que los efectos de mi benevolencia se estiendan por todo el universo.»

Sin embargo, en este reinado se encuentra en Cesarea de Palestina un mártir muy esclarecido asi por su nacimiento como por sus riquezas. Llamábase Marin, y segun el órden regular debia subir á un empleo muy distinguido que habia vacado en la milicia; mas el oficial que se seguia á él y pretendia el mismo destino, alegó que Marin era cristiano, y que por lo mismo debia ser escluido de todo cargo de honor y confianza. Interrogó el gobernador á Marin; confesó este francamente, y le dieron tres horas de término para que dijese su última resolucion. El obispo Teóctenes le visitó en este intermedio, y presentándole á la vez el libro de los Evangelios y una espada, le dijo: «escoge entre estas dos cosas tan diversas.» Sin dudar un momento puso Marin su mano derecha sobre los Evangelios; y vista esta determinacion, prosiguió el obispo y le dijo: «Anda, pues; que Dios te dará fortaleza y nadie será capaz de quitarte lo que has elegido.» El confesor, animado con estas palabras, volvió intrépidamente al tribunal y sufrió con el mayor contento la sentencia de muerte que se ejecutó á vista del patricio Asturo.

Era este patricio mucho mas visible por

su fé y su piedad que por el crédito y reputacion que disfrutaba con los príncipes, y por las demas cualidades que tanto suelen apreciar los hombres. No bien hubo espirado el santo mártir, cuando el ilustre Asturo, aunque vestido magníficamente, cargó sobre sus hombros el cadáver de Marin y fué á enterrarle. Este mismo patricio fué quien por medio de un milagro hizo cesar la supersticion tan antigua ya en el lugar en donde nace el Jordán, al que los infieles arrojaban varias víctimas, que segun ellos no volvian á parecer porque la divinidad del rio se apoderaba al instante de aquellas oblacones. Hallóse Asturo por casualidad en una de estas ceremonias, y pidió en alta voz al Dios Todopoderoso, en nombre de su Hijo Jesucristo, que se dignase manifestar la impostura de los demonios; y al instante volvióse á ver la víctima sobre la superficie del agua, y el fingido milagro quedó sepultado en el olvido. Cítanse otros mil admirables rasgos de la maravillosa santidad de este ilustre cristiano.

Por esta misma época dieron otra nueva prueba de la caridad mas intrépida y generosa los cristianos de Alejandria. Viéndose Emiliano, prefecto de Egipto, precisado en una sedicion á tomar el título de emperador, se movieron tan grandes turbulencias en la ciudad, que se cortó enteramente el comercio de un barrio con otro; tanto, que se corria mas peligro en las calles que en medio de los desiertos y de las fieras de la Libia; y no pocas veces se vieron las aguas del mar tintas con la sangre en el mismo puerto. Completó Emiliano la desgracia apoderándose de los graneros públicos, con lo cual añadió la carestía al asesinato, y al hambre no tardó en añadirse la peste. Fué entonces general la desolacion; no habia una casa que no estuviese llena de muertos ó moribundos: los idólatras abandonaban á sus mayores amigos, se ausentaban de



la ciudad, ó tiraban los cadáveres á las calles, y muchas veces aun los que todavía respiraban. Unicamente en los cristianos se notaban afectos de humanidad, mirándose como obligados á ejercer los piadosos oficios de que el terror alejaba á los paganos. Asistian con efecto sin distincion alguna á todos los infelices contagiados, fuesen fieles ó infieles; los consolaban con la mayor ternura, les servian en los ministerios mas humillantes y asquerosos, recogian los enfermos desamparados y enterraban los muertos. Muchos de entre ellos se vieron atacados del contagio, y su muerte, tan preciosa segun los principios de la fé, fué un nuevo estímulo para los demas. La Iglesia tributó los honores de mártires á los que murieron en estos ejercicios caritativos.

La epidemia no se limitó á solo el Egipto, propagóse por todo el imperio y por las mas hermosas provincias de la Grecia. Fué la peste tan espantosa en Roma y en la Acaya, que habia dia que morian cinco mil personas. No causaron menos estrago en Italia, en Africa, y especialmente en Asia los huracanes, las inundaciones y los terremotos: gran número de mugeres perecieron de espanto en un temblor de tierra que duró muchos dias sin interrupcion con continuas tinieblas y horribles bramidos que salian de las entrañas de la tierra, que se abrió por diferentes partes: y el mar, despues de romper sus limites ordinarios, se tragó ciudades enteras.

A mas de estas plagas y de los resultados de una guerra civil, en que cada provincia tuvo, por decirlo asi, su tirano, vióse por todas partes espuesto el imperio á las incursiones de los bárbaros. Un diluvio de gentes que no tenian de hombres mas que la figura, pasó desde Germania á la Italia, y penetró hasta Rávena: el mismo torrente inundó las Galias; la mayor parte de las ciudades quedaron abandonadas, y las

que quisieron resistir experimentaron toda la crueldad de la barbarie. Derramáronse otros germanos por España; en Sicilia hubo una guerra de ladrones mas perniciosos que los bárbaros: los cuados y los sármatas talaron la Panonia; los godos, juntos con los escitas, desolaron la Grecia y el Asia y en particular la Bitinia, cuyas ciudades fueron todas sin escepcion arruinadas hasta los cimientos; los partos llegaron hasta la Siria. En una palabra, el imperio iba cayéndose á pedazos por todas partes, y la Iglesia iba levantándose sobre las ruinas de la idolatría. Los bárbaros se llevaban cautivos á muchos cristianos fervorosos y á algunos santos obispos, cuyas raras virtudes y sábias máximas no podian menos de excitar su admiracion; tanto que, pasando éstos desde esclavos á señores, hacian innumerables reclutas á Jesucristo, á quien publicaban mas con las obras que con las palabras; y así de todas partes les buscaban para recibir de sus manos el bautismo. Yacia entretanto como adormecido en medio de los placeres el emperador Galieno, aunque por otra parte era hombre de ingenio. Si le decian que estaba á punto de perder el Egipto ó las Galias, respondia: ¿pues qué? ¿no podremos vivir sin los paños de la Bélgica, ó sin los linos de Pelusio? Nunca estaba mas contento que cuando veía su habitacion llena de rosas en medio del invierno, ó cuando comia fresas y melones fuera del tiempo regular. Bebia siempre en copas de oro y piedras preciosas, y nunca dos veces seguidas de un mismo vino; no siendo menos delicado en los baños, que tomaba cinco ó seis veces cada dia. Obliganos el rubor á correr un velo á todos los pormenores de su muelle vida, como igualmente á ocultar las personas que en ella le acompañaban; pero bastará decir que se adquirió el desprecio y la execracion general. Por fin, en el

año 268, el prefecto del Pretorio, de acuerdo con el general Claudio, acabó con el afeminado emperador y fué puesto en su lugar el mencionado Claudio. Arrojaron despues de lo alto del Capitolio al hijo y al hermano de Galieno, únicos restos que quedaban de la raza de Valeriano, que de este modo quedó toda esterminada.

Claudio, segundo de este nombre, y digno del imperio si no lo hubiese adquirido por un crimen, apenas le poseyó por espacio de dos años. Era el hombre mas hábil para ordenar los negocios; granjeóse el amor y la estimacion general, aun de los cristianos, en el primer año de su reinado; mas en el segundo vertió la sangre de los fieles, no tanto por odio que les tuviera, cuanto por no parecerse en algo á su antecesor, y por fin murió de peste en Panonia, despues de haber terminado felizmente la guerra contra los godos. Su hermano Quintilo fué ensalzado á la dignidad de emperador por los soldados; y ellos mismos, cansados de su severidad, le obligaron á abrirse las venas quince dias despues. A fines del mismo año 270 pasó el imperio á Aureliano, natural de Panonia, y de familia oscura, pero de tan sobresaliente mérito que grado por grado habia ido subiendo hasta los primeros destinos de la milicia.

El Papa Dionisio habia sucedido al mártir San Sixto, despues del año que estuvo vacante la Silla apostólica. Su caridad y su vigilancia se estendieron á todo el mundo cristiano: envió copiosas limosnas á los fieles de Asia, que habian sido saqueados por los bárbaros, y se dió traza á ejercer su liberalidad hasta con los que habian sido llevados cautivos. Han dicho algunos que habia dividido las iglesias y los oratorios de Roma entre los presbiteros de esta ciudad, y que él fué quien estableció las parroquias y aun las diócesis de su inmediata dependencia. Mas lo que hizo fué proveer de Pas-

tores á las iglesias que los habian perdido en el discurso de los tiempos calamitosos, y arreglar los limites de su jurisdiccion con mas exactitud ó fijeza que antes estaban. Pasados diez años de un pontificado que honró con la condenacion de Sabelio y de los principios de Pablo de Samosata, murió San Dionisio el dia 26 de diciembre del año 269, y dos dias despues fué reemplazado por Felix.

La heregia de Pablo de Samosata, ademas de contener todo el veneno de la de Sabelio, echaba con refinada malignidad los fundamentos del arrianismo, al que parecia tan opuesta. Sostenia Pablo por una parte con Sabelio, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran una sola y misma persona, aunque designada con diferentes nombres (1), segun los diferentes personajes que parece hacer en órden á los hombres, y de este modo destruia el Misterio de la Trinidad. Por otra parte, á diferencia de Sabelio que parecia admitir que el Padre habia encarnado en Jesucristo, Pablo negaba que la sabiduria divina se hubiese unido hipostáticamente á Jesus, aunque no habia cesado de dirigirla inmediatamente con su accion. Por manera, que este heresiarca pretendia que Jesucristo era por su naturaleza un puro hombre, que no existia antes de María, su Madre, de la que habia adquirido el principio de todo su ser, pero que sus méritos le habian encumbrado á la dignidad de Hijo de Dios. Por último, Pablo pretendia alzar el velo de nuestros misterios mas principales, y sustituirles varios artículos del Judaismo, con el fin de asegurar y acrecentar el gran crédito que se habia granjeado con la reina Cenobia, judia de Religion, y muy poderosa en Oriente, desde que Odenato su esposo, pequeño principe

(1) An. de Syn. hácia el fin.



de algunos sarracenos, habia llegado á ser el azote de los persas, el apoyo del imperio vacilante, y por fin emperador.

Después de la muerte de su marido justificó Cenobia con la conquista que hizo del Egipto y de la Bitinia la opinion de los que creían que habia tenido no poca parte en las brillantes empresas de aquel príncipe. Esta muger extraordinaria, en quien parece que la naturaleza quiso reunir todas las cualidades mas recomendables, mostró vivos deseos de instruirse en las verdades del cristianismo; pero cayó desgraciadamente en malas manos. Pablo de Samosata, sucesor de Demetriano, obispo de Antioquia, á quien se dirigió para aquel objeto, estaba muy poco firme en los principios de la fé; y este prelado cortesano, figurándose que á una reina tan poderosa y de un talento sagaz no le seria fácil tolerar se pusiera á prueba su docilidad, nada le dijo de Jesucristo que no fuese muy fácil de creer aun á la comprension mas corta.

Las lecciones del prelado metieron mucho ruido, y por otra parte la vida que llevaba estaba muy poco conforme con el espíritu de santidad que caracterizaba las acciones de los demas obispos. Lejos de aparentar reformas, como la mayor parte de los herejarcas, abrazó un partido mas cómodo y vivia adormecido en las delicias y con una opulencia que no tenia ejemplo en las personas de su clase. Presentábase en público rodeado de un numeroso y magnífico acompañamiento; y hasta al pié de los altares hacia alarde de su profana vanidad, mandando entonar cánticos en su alabanza, en lugar de los sagrados himnos. Era mucho mas escandalosa su conducta respecto á las costumbres, pues tenia en su casa mugeres jóvenes, que le acompañaban por do quiera, sin exceptuar los lugares consagrados á Dios, y queria que sus sacerdotes viviesen con una licencia que autorizase la suya.

Los obispos realmente celosos del bien de la Iglesia no podian menos de horrorizarse al contemplar los perjuicios que podia causar tal ejemplo y el escándalo que con él se daba; y dispuestos á remediar el mal, tomaron sus medidas para la ejecución, sin que les detuviese el favor que tan claramente dispensaba la reina Cenobia al delincuente. Reuniéronse en la misma ciudad de Antioquia (a), donde era mas necesaria la reparacion del escándalo, y tuvieron el santo valor de citar al obispo. Era el presidente de este concilio el inflexible y piadoso Firmiliano de Cesarea, y los mas de los Padres que lo componian eran ó confesores impávidos, ó célebres y santos doctores, ó hombres que habian obrado milagros.

A vista de tales jueces tembló el obispo de Antioquia, á pesar de todo su valimiento; compareció, sometióse aparentemente y prometió cuanto le exigieron. Creyendo que se enmendaria, y ademas porque habia motivos para temer una persecucion si se valian de un rigor imprudente, usaron de indulgencia con él; mas pronto recibieron el desengaño de que Pablo no habia variado ni de costumbres ni de doctrina. Reuniéronse de nuevo los prelados, y de nuevo tambien en el mismo lugar en que se daba el escándalo. Contaban tambien con Firmiliano, pero supieron que habia muerto en el camino; mas no por eso dejó de ser confundido y condenado Pablo; un sugeto particular de Antioquia, llamado Malquion, hombre muy hábil en razonar y muy versado en los asuntos de Religion, aunque

(a) Es muy de notar esta circunstancia, y tambien que ni creyeron necesario pedir para ello licencia á la reina Cenobia, ni lo creyó necesario el mismo Pablo de Samosata, puesto que á pesar del valimiento de que gozaba con esta, se sometió á la decision del concilio y no alegó en contra de ella la falta de tal licencia. (N. del N.)

todavía no era sacerdote, descubrió los artificios del impostor, y le obligó á que declarase sus verdaderos sentimientos. Entonces fué escomulgado y depuesto el herege; y como para sostener que no habia distincion real entre el Padre y el Hijo, habia abusado de la palabra *consustancial* en un sentido material y grosero, los Padres de Antioquia desecharon este término que en el discurso de esta obra le veremos empleado con el mayor provecho por los Padres del concilio Niceno, pero en un sentido muy distinto, dependiendo casi siempre de las circunstancias y de los tiempos el uso de las palabras.

Así que Pablo se vió escomulgado quitóse la mascarilla de la hipocresía: lejos de someterse á la sentencia de sus respetables jueces, se obstinó en permanecer en su Silla, y continuó morando en el palacio Episcopal. No le fué difícil sostenerse mientras Cenobia gobernó el imperio de Oriente; pero luego que la política de Aureliano dió á entender á los romanos que la magestad del imperio estaba degradada en manos de una muger y de una estrangera, aquel emperador tomó sus medidas, aguardó una ocasión oportuna, derrotó las tropas de Cenobia y la hizo prisionera. Como Aureliano no se habia mostrado contrario á los cristianos desde que reinaba, acudieron á él en queja contra el obispo depuesto; y el príncipe mandó que se diese la casa Episcopal al sugeto que fuese reconocido por el obispo de Roma y los demas de Italia. Tan notorio era que no habia mejor prueba del verdadero cristianismo que la union con la Iglesia romana. Fué pues vergonzosamente espulsado Pablo de Samosata, y promovido Domno en su lugar.

Empero Aureliano no siguió mostrándose propicio y justo con los cristianos; habia propuesto ganarse la estimacion del Senado y del pueblo, atormentando á los

enemigos de sus dioses; y siendo además naturalmente supersticioso, creía en agüeros y adivinaciones, y se quejaba de que muchos de los grandes á ejemplo de los cristianos no creían enteramente los libros de las Sibilas. Eran estos libros los escritos de ciertas mugeres singulares, que pasaban por dráculos, sin contener nada de maravilloso, fuera de su estilo enfático, enteramente incomprensible, digna produccion del espíritu exaltado de sus autores. No se enseñaba en ellos otra cosa que las observancias mas pueriles, como celebrar en las fiestas públicas tales ó cuales juegos de este ó del otro modo, ó clavar algun clavo en las paredes del Capitolio. Respecto á los ocho libros que se conservan en el dia con el nombre de las Sibilas, y que apenas contienen otra cosa que vaticinios ó instrucciones concernientes al cristianismo, se hace palpable á la sana crítica, á pesar de citarlos algunos antiguos Padres mientras otros los tenían por sospechosos, que fueron supuestos en el segundo siglo, á escepcion de algunas partes citadas ya en los tiempos mas antiguos.

El emperador Aureliano iba á firmar un decreto terrible contra los cristianos, cuando le detuvo la mano un rayo que cayó á sus mismos pies: mas este acontecimiento no le mudó la voluntad, y solo sirvió para diferir por algun tiempo la proserpcion. Habándole Dios abandonado á la corrupcion de su corazón, publicó contra nosotros, dice Lactancio, edictos de sangre y de muerte que dieron lugar á la nona persecucion; pero afortunadamente sucedió esto á fines de su reinado, de modo que aun no habian llegado los edictos á las provincias remotas, cuando permitió la Providencia que fuese asesinado por intrigas de su secretario. Así mostró el Señor que el poder que da á las potestades del siglo para perseguir á sus siervos, es tan solo en cuanto